

Dos arquitectos italianos, Gio Ponti y Alberto Sartoris, que tienen ya en sus nombres la justa alabanza que hacen inútiles las frases de laudo, acostumbran decir privada y, lo que es más de agradecer por nuestra parte, públicamente que en arquitectura se está en el "momento español".

La simpatía con que estos dos arquitectos tienen impregnadas sus gafas cuando miran las cosas de España nos ha hecho siempre que, aunque agradeciendo mucho su buena voluntad, no nos creamos su optimista impresión. Nos parecía estar en situación parecida a aquella señora de un chiste de Xaudaró, que, viendo las ponderaciones que el médico de cabecera hacía a sus colegas de consulta de un fenomenal cáncer que tenía el desdichado de su marido, comentaba, humildemente:

—No le hagan ustedes caso. ¡Como este doctor nos quiere tanto!

Pero están ocurriendo hechos que han culminado en uno reciente y verdaderamente sensacional, que le hacen a uno pensar, no en la importancia, diríamos, universal de la arquitectura—pedantería en la que es natural que no caigamos—, pero sí en el buen momento que está iniciando nuestra arquitectura y que está poniéndose de manifiesto en auténticos éxitos internacionales de indudable relieve e importancia.

En estos pocos años que van después de la segunda gran guerra, los arquitectos españoles han obtenido estos galardones:

Gran Premio a la instalación del Pabellón de España en la X Trienal de Milán. Arquitectos: José Antonio Coderch de Senmenat y Manuel Valls.

Gran Premio a la instalación del Pabellón de España en la XI Trienal de Milán. Arquitecto: Ramón Vázquez Molezún.

Medalla de Oro de Arquitectura en la Exposición Internacional de Arte Sacro de Viena. Arquitecto: Miguel Fisac.

Premio Reynolds Metals Corporation. Arquitectos: Manuel Barbero, Rafael de la Joya y César Ortiz Echagüe.

Asimismo, dos arquitectos, nacidos y formados en España, José Luis Sert y Félix Candela, han conseguido renombre internacional que les ha llevado, al primero, hasta el Decanato de Arquitectura de la Universidad de Harvard y, al segundo, a compartir con Pier Luigi Nervi la supremacía mundial en la concepción de las más atrevidas estructuras.

Estos hechos, concretos y constatables, y, lo que es muy importante, la indudable calidad de las jóvenes generaciones de arquitectos españoles, animan a pensar en la posibilidad, si no *del* momento español, sí de un buen momento de la arquitectura española, para cuyo logro todos, cada uno en la medida de nuestras fuerzas, debemos aportar nuestro máximo esfuerzo.

Ha dado ocasión a las líneas anteriores el reciente triunfo de unos jóvenes arquitectos, por el que, desde estas páginas, les enviamos nuestra más cordial, efusiva y sincera felicitación.

De la importancia que la prensa diaria ha concedido a este suceso reproducimos, como muestra, el artículo aparecido en el diario *ABC*, de Madrid.

*Querido director:*

*Ese premio internacional que han trincado unos jóvenes arquitectos españoles exactamente donde, presididos todavía por el octogenario fundador de la escuela moderna, Wright, y por su ilustre seguidor el suizo Le Corbusier, residen los mejores arquitectos del mundo, me ha llenado de gozo. Y me parece que, salvo lo que*

*usted ha aireado la cosa (aunque ya es bastante), este éxito no ha sido suficientemente celebrado.*

*Los españoles somos alérgicos a la propaganda de lo cierto y somos "faroles" en la propaganda de lo falso. ¿Usted se ha fijado con qué facilidad decimos de una cosa española "es lo mejor o es lo mayor del mundo" cuando es mentira*

y con qué facilidad nos callamos lo que realmente tenemos de mejor que otros países? Luego en una de éstas nos sorprende un Premio Nobel que le toca a un poeta que ni siquiera es académico. Igual que nos sorprende que Palestina o Túnez o Argelia tengan mejores naranjas que nosotros.

El caso es que ahora nos ha sorprendido el que tengamos por lo menos en una especialidad—la de las construcciones con aluminio—los mejores arquitectos del mundo.

En esta materia los españoles, fuera parte la época detestable de los veinte, tenemos una baraja de arquitectos propia de la patria de Juan de Herrera, de Ventura Rodríguez y de Juan de Villanueva, sin hablar del estafalario y genial Gaudí, cuya obra, canto del cisne de una época fáustica, tanto habrá que estudiar como fenómeno típicamente mediterráneo. Los españoles hemos construido las ciudades más bonitas del continente americano, y lo que a veces no acertamos a hacer en la metrópoli—las grandes perspectivas urbanas—, lo hacíamos en el zócalo de Méjico o en el Cuzco o en Lima. O en Manila, que es la única ciudad occidental de Oriente, y perdone usted el trabalenguas. El genio de la arquitectura “se nos da” con el de la pintura, el teatro y la novela, con una fuerza telúrica.

El que esos muchachos—César Ortiz Echagüe tiene treinta y un años—hayan traído para España la corona de la reina de las artes—la ar-

quitectura, de la que todas las demás plásticas son tributarias—debiera ser motivo de regocijos populares y de homenajes, por lo menos, iguales a los que en España (ciertamente igual que en la Atenas clásica) se tributan a los atletas vencedores. El Deporte, la Milicia y el Arte llaman al laurel. Esto es cosa sabida. Entonces hay que laurear de alguna manera a estos tres caballeros que han sido fieles a un genio nacional. Usted dirá que eso no es cosa suya. Bueno; pero de alguien será. Y para eso dirige usted ese Leviathan que es A B C. Estrújese el magán—fecundo—y a ver cómo le decimos a esos tres españoles que son unos barbianes y que les estamos agradecidos.

No crea usted: que eso de aliar el viejo y noble material de que al fin y al cabo estamos hechos—el barro de que se cuece el ladrillo rosado de Madrid—con el aluminio, y el hacer una obra de arte universal que ha pasado ya a las antologías sólo para que coman a gusto, viendo las anemonas de los macizos de un parque unos obreros especialistas de la Cataluña artesana frente al mar de, la cultura, tiene que haber hecho estremecerse un poco a los rubios y macizos jueces de Nueva York. Y es que la cosa, como dice ese amigo sevillano que usted y yo tenemos, “tiene mucha castaña”. ¡Que sí, que la tiene, director!

Y a mandar.

DIEGO PLATA.

